

## *El espíritu de la luz*, de Edgardo Rodríguez Juliá

**Eduardo San José Vázquez (Universidad de Oviedo)**

[Rodríguez Juliá, Edgardo. *El espíritu de la luz*. San Juan: Universidad de Puerto Rico, 2010]

Hacia tiempo que el puertorriqueño Edgardo Rodríguez Juliá venía anunciando la elaboración de una novela sobre una de sus obsesiones centrales, la luz boricua y caribeña, para la que convocaría a tres personajes históricos ya retratados en otros de sus textos, fundamentalmente en las semblanzas de *Caribeños* (2002): el pintor puertorriqueño Francisco Oller, el también pintor venezolano Armando Reverón, y Joseph Lea Gleave, el arquitecto inglés del faro dedicado a Cristóbal Colón en Santo Domingo. La esperada novela ha resultado en *El espíritu de la luz*, una narración que reúne a estos personajes en virtud de su común y diferente apropiación del enigma de la luz caribeña.

Quien haya seguido la amplia trayectoria narrativa de Edgardo Rodríguez Juliá (una trayectoria cuyos límites se confunden a menudo con su obra periodística y cronística) podrá comprender el valor que adquiere esta novela como balance global de su propia creación, consagrada desde sus inicios a la indagación del ser histórico puertorriqueño, a través de varios símbolos cardinales repetidos con visionaria coherencia desde su producción más temprana. Entre ellos, la ciudad y la luz han sido los dos vectores simbólicos que han permitido al escritor construir las alegorías más sostenidas en el conjunto su obra. Por eso, esta última novela permite una mirada retrospectiva a su propia labor literaria, que así ve resumida sus conclusiones sobre un elemento simbólico convertido en cifra de la inasible ontología caribeña.

La mínima invitación a esta novela debería destacar sus méritos narrativos y estéticos, en una ficción de intencionados recursos y notable mimetismo y plasticidad de las diferentes voces narradoras, pero sin que esto nos impida valorar los aportes de su plano autorreferencial. Desde él, y sin opacar los méritos antes citados, el lector podrá enriquecer su lectura previa de las ficciones más celebradas del autor puertorriqueño, como *La renuncia del héroe Baltasar* (1974) o *La noche oscura del Niño Avilés* (1984), continuada en *El camino de Yyaloides* (1994). Incluso, se podrá comprobar la unidad profunda de este ciclo histórico sobre el siglo XVIII con el resto de sus crónicas (como *Las tribulaciones de Jonás* o *El entierro de Cortijo*), o con los álbumes fotográficos, crónicas y novelas urbanas y

detectives que siguieron en su trayectoria. Una relectura, en fin, de toda su obra a partir del símbolo de la luz permitirá descubrir nuevos elementos y ejes de interpretación.

En *El espíritu de la luz* confluyen varias voces narrativas; cada una de las tres personas gramaticales corresponde a la voz de uno de los tres personajes protagonistas, alternadas en los diferentes capítulos: la primera persona, para Oller; la segunda, que emplea Reverón; y la tercera, de Lea Gleave, si bien esta distribución comenzará a trocarse desde la mitad del capítulo 4, para llegar incluso a sintetizarse en el final del capítulo 7 y último; ya que “cuando huyes de la luz, siempre hay un conflicto de identidad. Bien que se desvanecen los perfiles en uno solo” (261).

Aunque la novela comienza pareciendo una obra más cercana a los tonos menores de las crónicas, álbumes y semblanzas penúltimas de Rodríguez Juliá, la obra despegue enseguida hacia la forma novelesca, que por lo pronto parece recuperar los tonos de sus novelas urbanas y de detectives, pero que en lo sustancial no supone sino un regreso por la senda de las oscuridades barrocas de sus ficciones históricas de juventud. La acción discurre por la mística concreción del ambiente luminoso de las playas de Macuto, “el Edén, una promesa de luz” (58), como las aprecia un contemplativo Armando Reverón, último anacoreta en aquellos “paisajes que escapan hacia un estado de gracia, la luz” (77); los meta-estudios de la luz de Francisco Oller, toda una poética pictórica e intelectual, discusión de la esencia entre la causa y el efecto, entre considerar la luz directamente en la atmósfera o hacerlo en los objetos donde se proyecta, a lo que el artista prefiere la primera: “una presencia que nunca llega. Ésa es, precisamente la luz” (8); y Lea Gleave y su “máquina para generar y proyectar luz [...], pura arrogancia juvenil”, ya que “educar al trópico sobre cómo la luz traspasa las nubes era como enseñarle a esta gente a bailar un *mambo* compuesto en Glasgow” (28, la cursiva es del texto). Los tres, místicos y apasionados intentos de elucidación de la esencia caribeña, sin otro remedio que resultar frustrados, cada uno con su propia forma de error o inocencia: la concupiscencia arcádica, la utopía inasible o el logocentrismo occidentalista.

Partiendo de una identificación profunda entre el discurso identitario y la literatura escatológica y mística, en su común aspiración a una plenitud ontológica, los tres personajes se vinculan por su uso de la luz como pretexto de un deseo de absoluto, en una galería de pasiones que hace que el estudio de la luz no sea aquí sino un estudio del deseo, así como de las oscuras desviaciones que éste es capaz de producir: pedofilia, incesto, voyeurismo, adulterio y otros canales para el deseo insatisfecho o la mera perversión, que acaban complicando a los tres personajes en una única trama por encima de su distancia temporal. Un estudio de la luz o del deseo

que el lector habitual de Rodríguez Juliá podrá ampliar en una interpretación en clave política, en función de la larga noche oscura de la utopía nacional boricua; en clave, pues, del deseo soberanista y de los monstruos que ha sido capaz de producir su sueño incompleto, donde el artista, como su país, parece preferir el viaje al destino, la atmósfera al objeto, la resolana a la nitidez, la mística a la eternidad, el deseo al gozo. Por eso, “algún día te darás cuenta de que en estas cosas la mirada basta, que el deseo se cumple mejor cuando no gozamos” (117).

En todo caso, no está de más concluir este comentario con la primera invitación que antes se hacía a la lectura de *El espíritu de la luz*. Una propuesta que lleva a destacar los méritos propiamente literarios que posee la novela, más allá de los planos de interpretación identitarios o autorreferenciales. En esta última creación, Rodríguez Juliá recupera decididamente el registro más novelesco empleado en sus ficciones detectivescas, donde no están excluidos sino potenciados recursos como el melodrama, la intriga, el suspense o el final climático, que quizá sorprendan al lector acostumbrado a sus ficciones históricas o a sus crónicas y semblanzas. Algo que supone la demostración de madurez creadora de un autor que, al exhibir tales resortes novelescos, no ignora que el prestigio crítico suele provenir, al contrario, de la precisa ocultación de estos tonos mayores. No es poco mérito haber sabido conjugarlos aquí con un activo y elocuente plano reflexivo.